

LA CASA DE LOS ABUELOS

La casa de los abuelos que nos vamos a referir y a la que queremos brindar un reconocimiento muy especial hoy, es la casa de San Joaquín. Esa casa donde crecimos y vivimos la mejor parte de nuestra vida y de donde la mayoría salimos a formar nuestra propia familia y de la que nunca nos hemos separado porque seguimos considerándola, nuestra casa, nuestro hogar, así ahora solo sea en la memoria que opacan los años,

Esta casa, que según reza la historia y una placa que había en la entrada y que hace cosa de una década o más hurtaron de los amigos de lo ajeno, fue adquirida a finales de 1949 por medio del Instituto de Cedrito Territorial, ICT, por un buen y fiel amigo de Alfonso, Alirio Correa, pues en el momento del papeleo Alfonso se encontraba hospitalizado debido a una grave infección gástrica, producto de aguas malsanas y contaminadas de un tanque que había en casa donde estaban viviendo situada en la carretera a Caldas en la vereda la Tablaza y Amalia se encontraba en estado de gestación la que sería su cuarto retoño: Lucía.

Ante esta situación, su ángel de la guarda, Alirio Correo, amigo de juventud de infancia con quien Alfonso, luego de su trabajo, estudiaba y resolvía los ejercicios de la Universidad, pues mientras Alirio asistía formalmente a la Escuela de Minas de la Universidad Nacional, Sede Medellín, hasta graduarse de ingeniero de minas, Alfonso era un joven autodidacta para quien el conocimiento siempre fue un reto y una obsesión. Pues fue este querido y recordado amigo, Alirio Correa, quien no solo estuvo pendiente del papeleo del ICT, sino del trasteo de Alfonso de toda pequeña familia, de la Tablaza, cerca al Municipio de Caldas, donde vivía, al barrio San Joaquín,

La casa nueva de San Joaquín, construida por el ICT, por aquel entonces contaba con deficientes servicios públicos, en especial, de energía eléctrica -como muchos otros sitios de la ciudad- y los apagones era cosa de todos los días. En el barrio que apenas estaba en construcción, la mayoría de sus calles estaban aún sin asfaltar. La calle asfaltada más cercana asfaltada era la Calle San Juan, a la que se podía llegar atravesando alambradas y potreros donde, por aquel entonces, pastaban algunas vacas. Desde San Juan el transporte al centro de Medellín se hacía a través de un tranvía que cubría la ruta desde el centro hasta el barrio San Javier y viceversa, por toda la calle San Juan. Pero dicho tranvía, cuando la casa de los abuelos escasamente tenía dos años, fue cancelado por la decisión absurda del burgomaestre de turno, un 7 de octubre de 1951 y reemplazado por unos buses a gasolina que le fueron adjudicados al Municipio de Medellín por la casa norteamericana «Southern Coach Manufactory Co.» con sede en New Orleans. Estos buses eran conducidos por choferes impecablemente vestidos con traje azul y camisa blanca con corbata y todos, como distintivo, llevan una cachuca de aviador también azul. Su capacidad era de 70 pasajeros, algunos de los cuales, al poco tiempo y una vez pavimentada las calles del nuevo Barrio San Joaquín, comenzaron a circular en la ruta Centro-Laurales, con la suerte que una de sus rutas, la de Centro-Laureles, pasaba por el frente de la casa de los abuelos. En ese entonces, muchos de los vehículos eran de tracción animal y la leche, San Martín, al igual que las Coca-colas, se repartían en coches de cuatro ruedas tirados por caballos que semejaban diligencias del oeste. Igualmente, abundaban las carretillas manejadas por personas en las que se transportaban mercados, frujas y legumbres y los voceadores ofreciendo gasolina blanca o varsol por botellas eran cosa de todos los días, al igual que el afilador de cuchillos y el que vendía la válvula de la olla pitadora que en Medellín se llamaba la «olla atómica», pues su explosión con comida, casi siempre fríjoles, recordaba la primera bomba atómica sobre Hiroshima y Nagasaki, dos ciudades japonesas, en agosto de 1945 durante la Segunda Guerra Mundial.

En la casa de los abuelos primero nació Lucía y luego, con un año de diferencia -salvo Pilar- nacieron en su orden Teresita, Ana María, Pilar, Clara, Francisco, German, Ma Luisa y Daniel. La casa, al momento de su entrega por parte del ICT tenía un garaje, sala comedor, cocina con una pequeña habitación con baño para la empleada del servicio, un espacio con una poceta para lavar la ropa y un enorme patio que tenía unas pequeñas eras de tierra que eran espacios rectangulares para sembrar legumbres y plantas aromáticas y, al fondo, un gallinero cerrado con alambre que durante muchos años proveyó los huevos que consumía la enorme familia que crecía año tras año. En ese gallinero, alguno de los trabajadores de la construcción de la casa tiró una semilla de mango que fructificó y dio como resultado un enorme y frondoso árbol de mango que hasta la fecha sigue en pie, a pesar de las frecuentes y radicales podas de Alfonso dirigidas más a su extinción, que a su crecimiento. En una de las eras en el centro del patio, creció un brevo cuyas frutas, las brevas, luego de varias horas de cocción, se transformaban en deliciosos y apetitosos dulces que solían acompañar los vasos de leche de los almuerzos. Con el tiempo, el patio fue perdiendo su vocación agrícola y se transformó en un espacio de juegos infantiles con columpios, balancines y barras para el deleite de todos. Y es que así debía de ser

pues ese espacio era de recreación y creatividad de juegos y actividades depuestas por los mayores carlos y Juan Manuel que se vestían de sacerdotes nos ponían a todos a escuchar sus misas y ceremonias, hasta el punto que en una oportunidad le hicimos un entierro a una muñeca que supuestamente había fallecido y pusimos al pobre Miguelito (un jardinero campesino por muchos años en la casa) a arrodillarse y rezar ante su tumba

Ya un poco más tarde en una cancha de baloncesto que contribuyó de manera significativa a la quiebra de vidrios y a la destrucción de las materos de bifloras que adornaban el entorno, pero también a divertidos partidos y competencias como la de checas con trapito y sus secuases que se prestaban para toda clase de trampas y diversiones.

Por una escalera de madera que está en la sala y que ha resistido el paso de los años sin que hasta la fecha se observe ningún comején o cosa que se le parezca, se subía al segundo piso que, en su distribución original, tenía cuatro habitaciones con un baño común y un salón grande que por muchos años se utilizó el juego ping-pong o tenis de mesa al que Alfonso invitaba a sus amigos, siendo los mayores, Carlos y Juan Manuel, los recoge bolas, misión poco grata, pues había que bajar hasta el patio a recogerlas. Con el tiempo, ese salón-terraza con vista al patio se transformó en una alcoba y en un cuarto donde había una biblioteca donde estaba la biblioteca con cuyo libro más consultado era una Enciclopedia como de doce tomos con todas las disciplinas científicas que consultábamos para las tareas del colegio y, a su lado, la enorme grabadora Webcor que en sus cintas guardaba con especial sigilo las voces de Tomasita, Dolores y Perucho con sus discursos de Gaitan que se sabía de memoria y sus siempre recordados versos a Teresa como aquel que dice: "Cuando estoy a solas en tienda, meditando el problema de la vida y el porqué de mi suerte sin ventura, se presenta tu imagen a mi mente y con toda su ternura, va limpiando mis penas dulcemente."

Con el paso del tiempo, el «batallón Jaramillo» -como decía Alfonso-, crecía y crecía y fue necesario ampliar la casa. Para ello, él mismo diseñó la nueva ampliación. En la parte de abajo, donde era la poceta para lavar la ropa, hizo un espacio grande para un comedor auxiliar, y más al fondo, y un espacio para la mesa de aplanchar, la poceta y el espacio para lavadoras que él mismo reparaba hasta altas horas de la noche, y ya al final, el famoso "cuartico" que era su taller con herramientas y aparatos varios, que luego se convirtió también en despensa de víveres. Ese taller sirvió para los arreglos tecno-mecánicos de los más variopintos objetos: triciclos, bicicletas, patines Udora con uñas que agarraban el zapato y se apretaban con una llave y que tenían cuatro ruedas, y hasta carros de rodillos que el mismo fabrico con rodamientos de caja fuerte para resistir cualquier peso y que eran la diversión de todos. Y en el segundo piso construyó los dormitorios en galería y un baño para las niñas con su escalera de caracol hacia el patio.

En su afán de distraer los niños, Alfonso tuvo la brillante idea de comprar un vagón de ferrocarril para que todos jugáramos en él o incluso para invitar a sus compañeros de Primavera, su barra, a tomarse unos tragos. Sin embargo, haciendo medidas advirtió que el vagón no cabía por la puerta de entrada, lo que le llevó a desistir de esta quiijotesca idea. No obstante, construyó, con guadua y techo de paja, un lugar que llamó «La Fonda» donde alcanzó a tomarse sus aguardientes con sus amigos, en especial con quien fue su entrañable compañero en Puerto Berrío, cuando Alfonso, muy joven aun, trabajaba como contador de los barcos de la Naviera Colombiana que viajaban desde Girardot hasta Bocas de Ceniza: el inolvidable y generoso Manuel Osman, de origen libanés, a quien llamaban «el turco», desconociendo que los turcos no son árabes.

La casa de los abuelos no solo era para el disfrute de la familia. También servía como salón social para que la tía Inés hiciera sus despedidas de fin de año del costurero y para que en ella, los Jaramillo celebraran todas las festividades de primera comunión, cumpleaños y grados que, sin falta, se solían hacer con bombos y platillos. A estas celebraciones se solía invitar a toda la familia, así que era la oportunidad para conocer personas que de otro modo nunca hubiésemos conocido.

Y cabe anotar que ala casa de los abuelos lleo el primer televisor de la cuadra el mismo que se instalo en la sala y lo que los vecinos no les quedaba mas remedio que disfrutarlo desde la calle a traves de las rejas de las ventanas.

Alguna vez tuvo la idea de hacer una piscina en el patio, algo que a lo que Amalia se opuso vehementemente, pensando en el desfile de muchachitos de toda la cuadra solicitando bañarse en la piscina y mojando en garaje que siempre se mantenía impecable porque religiosamente había que darle siempre dos o tres trapeadas.

Cuando María Jesús, tras la muerte de sus dos hermanas con la que vivía, se vino a vivir a la casa de los abuelos, pero la situación que se vuelve un poco compleja pues dado su avanzada edad se volvió necia e inmanejable, las comidas tenían que ser hirviendo porque de lo contrario no las consumía o se

levantaba a las 3 o 4 de la mañana para salir a la iglesia pensando que ya eran las 6 de la mañana, entre otras situaciones, razón por la cual fue llevada a una residencia de ancianos donde al poco tiempo falleció.

Con el tiempo fue creciendo la familia ,el barrio y los amigos. Alfonso y Amalia no eran muy partidarios de que la casa se llenara de amigos, aunque con el tiempo, la casa era el sitio de estudio de muchos vecinos hasta altas horas de la noche y Alfonso se encargaba de hacerles tinto. Pero más pequeños, las visitas con Victoria, la hija de Franquelina y Alfonso Londoño, los vecinos de siempre, se hacían a través del balcón del segundo piso antes que la casa fuese ampliada, o a través del baño donde una lata delgada separaba los dos baños, el de la casa de los abuelos y el de la casa de Alfonso Londoño Pero lo más frecuente, era que fuéramos a la casa de los vecinos, como sucedía con Juan Guillermo y Alfonso José, hermanos de Victoria, que disponían de una muy extensa y envidiable colección de revistas e historietas.

Esta pues es una breve reseña de la casa de los abuelos, cada uno tendría sus recuerdos y aneotas, algo que nadie podrá borrar de nuestras mentes. Esperamos con este relato haber rendido un merecido homenaje a la casa de los abuelos y permitir de las nuevas generaciones puedan acceder a tan gratos recuerdos de esa que fue «la casa de los abuelos». La casa de los abuelos, un lugar de infancia donde se tejieron tantos sueños, donde la imaginación no tenía límites, y donde lo único que perdura es el grato recuerdo de los años vividos.